

dice que hace setecientos años había allí un príncipe, el que construyó la fortaleza cuyos restos se ven todavía.

Al salir el día 24 de Ollantain-Tambo, el camino que tomamos no seguía el real; se alejaba del valle de Urubamba para meternos por las montañas. Atravesamos magníficos bosques, que abandonamos en seguida para encontrar una vegetación más activa, pero menos hermosa, y bajo cuyos arbustos revoloteaban lindísimos pájaros. A la sombra de

estos árboles vimos algunas tribus de indios que estaban haciendo sus ranchos, y descansando echados sobre la verde yerba del calor terrible que hacía.

Dejamos pronto las regiones desiguales en que nos encontrábamos con alturas á cada instante, para escalar una cadena transversal de la gran cordillera, cuya cumbre se halla siempre cubierta de nieve. Después bajamos atravesando regiones cuya vegetación era magnífica, y donde hallamos



Indios de las orillas del Ucayale.

las hermosas palmeras y las lianas que á ellas se enlazan como las parras de nuestro país, presentando un aspecto delicioso y particular solo de los bosques de los trópicos.

Llegamos por fin á las orillas del río: nos hallábamos pues, en el magnífico valle de Santa Ana, célebre hoy por su hermoso y grande cultivo de la *coca*. Fuimos á la hacienda de Ulvira, que pertenece hoy al señor Miota, á fin de estudiar el cultivo de esta interesante planta que veíamos por la primera vez.

SEGUNDA SERIE. — 1858.

Este arbusto, cuyo nombre científico es *erythroxylon* (*coca*) y que era en otro tiempo particular á algunos cantones del Perú, se halla hoy muy estendida en todas las provincias meridionales por el cuidado que los indios ponen en cultivarla. Es un arbusto bastante débil, que llega á la altura de una ó dos varas. Su hoja es lisa, de hermoso verde, y de cerca de cuarenta á cincuenta centímetros de largo: su flor es blanca, y su fruto pequeño y encarnado. Los indios llevan constantemente con ellos un saco de estas her-

AÑO XVI. 27.

mosas hojas en sus escursiones, y tienen la costumbre de machacarlas mezcladas con una pequeña porción de maíz que llaman *mambi*. Esta planta les sirve de alimento todo el tiempo, por mucho que sea, que esten fuera y en cualquier trabajo que hagan. Ha hecho ver la experiencia que el uso de esta hoja machacada hace á los indios mas vigorosos, y que se debilitan cuando les falta. La mejor es la que crece en las inmediaciones del Cuzco, y en las *Yungas de la Paz*.

Se hace de ellas un comercio considerable por los indios, que no pueden trabajar sin este alimento. La coca es absolutamente la misma planta que está en uso en las Indias Orientales, y que allí es conocida bajo el nombre de *betel*.

A pesar de las precauciones que habíamos tomado con los soldados que nos custodiaban, se nos marcharon muchos de ellos, llevándose á sus mugeres y á sus hijos, lo que nos hizo conocer que no tardaríamos en vernos solos enteramente.

El 28 llegamos á la aldea de *Echarate*, despues de haber pasado delante de vastas plantaciones de cañas, cocas, cocoteros, etc.; y allí fuimos á casa de un rico plantador que nos dió la mas generosa hospitalidad, y tambien hicimos conocimiento con dos sacerdotes que nos debian acompañar á bajar hasta la famosa pampa del Sacramento. Uno de aquellos sacerdotes llamado fray Pablo, hombre alto y seco, se escusó alegando ocupaciones serias, y la necesidad de administrar el pasto espiritual á los indios, y nos dió en su lugar de guia un hombre que conocia perfectamente las lenguas de la pampa. El otro llamado fray Ramon Bosquet, era un anciano de ochenta años, de cabeza venerable, y cuyo rostro espresaba una gran benevolencia. Nos dijo que habiendo recibido órden de su superior se hallaba dispuesto á partir.

El 10 de agosto salimos de *Echarate*, y despues de haber pasado mil trabajos por el camino encontramos una veintena de indios *campas*, que atrajeron nuestra atencion. Los *campas* pasan por antropófagos, y conservan el vestido del tiempo de los Incas. Llevan una cabellera larga y flotante sobre las espaldas, cortada en cuadro sobre la frente. Tienen el rostro pintarrajeado de diversas líneas, lo que les da un aspecto de los mas salvajes y horrendos: tienen además el cuerpo enteramente untado de aceite de coco; y como si este color no bastase se cuelgan del cartilago de la nariz una moneda de plata redonda y convexa, que les cae sobre el labio inferior. Algunas veces se pintan las manos y los pies enteramente de rojo, ó de negro. Todos llevan cordones de algodón atados al pecho como si fuera un adorno, y tambien llevan collares de lo mismo, compuestos de diferentes frutas secas, plumas brillantes de pájaros, ó picos de aves. Las mugeres llevan alrededor del cuerpo una pieza de tela semejante.

En esta expedición los pocos hombres que nos habian quedado, y que habian salido con nosotros de Cuzco, se habian ido marchando, y solo nos quedamos con uno llamado Antero, que nos habia recomendado fray Pablo. Este debia acompañarnos segun su compromiso hasta el resto de la expedición, que era la llegada á Sarayam. En el camino los días de fiesta se improvisaba un altar en que el padre Ramon Bosquet nos hacia oír la misa. Habiendo al llegar al rio Urubamba dispuesto unas canoas, nos embarcamos en ellas, despues de haber bendecido el religioso aquellas frá-

giles embarcaciones á las que por el rio íbamos á fiar nuestra vida.

En ciertos trechos desembarcábamos en la orilla; alzábamos nuestras tiendas, y construíamos un campo verdaderamente salvaje. En medio de aquella soledad, nuestros hombres europeos se hallaban colocados á un lado, y á otro habia un grupo de indios, los unos acostados, los otros acurrucados cerca de un fuego mantenido por el viento, é inmediato al sitio construian una especie de choza de las palmeras, á fin de abrigarse contra la tormenta que amenazaba de lejos.

En vano al contemplar el espectáculo de la puesta del sol buscaba el europeo la degradacion de tintas que acompañan las bellas tardes de su patria: en América el sol cede súbitamente su imperio á la noche. Al instante los objetos jejanos se desvanecen, y los mas aproximados se disipan. Cuando el viagero no está prevenido de la causa de los fenómenos que chocan á sus miradas, el primer sentimiento que experimenta es el del temor; empero el asombro que suscita da bien pronto lugar á la admiración....

Al día siguiente á la hora de partir, los indios habian desaparecido: no sabíamos si es que nos habian abandonado, ó si se habian ido á buscar provisiones, porque nos iban ya faltando. En esta última hipótesis aguardamos hasta las diez de la mañana, y á aquella hora se presentaron algunos. Hicimos partir las canoas, esperando que en el entretanto vendrian los demas; pero al medio día, no viéndolos venir, continuamos nuestra expedición.

Mucho se habia disminuido nuestra gente; así es que tuvimos que remar nosotros mismos, y continuar nuestro camino. Todos los días teníamos que pasar cascadas rápidas, y nuestras pequeñas piraguas estaban á punto de zozobrar; empero á fuerza de constancia y de grandes trabajos, en los que el anciano sacerdote que nos acompañaba desplegaba unas veces el ardor de un jóven, y en todo caso nos animaba con su voz afable y con su experiencia, llegamos á divisar por fin la última de las cascadas del Urubamba. Ya no nos quedaba mas que una sumamente pequeña; la pasamos, y entonces se desarrollaron ante nuestra vista las inmensas llanuras de la pampa del Sacramento. Desde *Echarate* hasta este punto habia cerca de sesenta leguas.

Allí en la pampa del Sacramento, se ensancha el rio, y los ojos reposan con calma sobre sus aguas: la vegetación es tambien mas activa y hermosa. Árboles de diferentes tamaños pueblan las orillas del rio: la variedad de sus hojas y de sus ramas iguala á la de sus colores: las lianas se entrelazan y suspenden de un árbol á otro cual graciosos festones.

Una cantidad prodigiosa de animales de todas especies habitan aquellos encantadores bosques. Allí se veian monos de diferentes especies trepando en manadas de un árbol á otro, y llevando las madres sus hijuelos sobre la espalda con cien gestos y figuras ridiculas: mas lejos, en las hermosas playas que ciñen el rio, veíamos pájaros grandes de hermosas plumas blancas que lucian al sol, algunos de los cuales se distinguian por su deslumbradora blancura: mas lejos se veian manadas de cabras que tímidas como ciervos se echaban á correr al aproximarse la canoa para ir á descansar á distancia echando al aire un gemido balido. Por fin, los loros y los papagayos son los que mas atraen la curiosidad por su bulliciosa algazara.

Después de tantas privaciones habíamos llegado al término de nuestro viage, la misión de Sarayaces, situada á seis leguas del Amazona. Allí el padre Plaza, prefecto de las misiones de Lucayala, no nos aguardaba; había juzgado nuestro viage completamente imposible, y había celebrado por el descanso de nuestra alma una misa de difuntos este venerable anciano, cuya cabeza con blanca cabellera se hallaba cubierta por un paraguas de algodón encarnado. La mayor parte de los indios que le rodeaban tenían un instrumento músico en la mano, y así nos recibieron todos con la mayor alegría. Nos acompañaron hasta la aldea que habían formado, dando gritos de alegría. Allí fuimos á la iglesia, donde el padre Plaza dirigió á Dios una corta oración para darle gracias por habernos permitido llegar libres de tantos peligros, y después nos dispuso la hospitalidad y el trato que era posible entre aquellas gentes pobres y salvajes, que nos trataron como compatriotas y como hermanos.

FERNANDO BELTRAN.

EL LIBELO.

Si la gente de la curia
se mezcla en ello,
muy ladino ha de ser el
que desate el enredo.

La desdicha de los litigantes.

Había en París tumultuosa y gran alegría el 27 de diciembre de 1594, en una de las casas notables de la calle de la Pelleterie, hoy el Mercado de las flores. Los niños de la casa hacían sus preparativos para el día siguiente, que era la fiesta de los Inocentes. Entonces la religión tenía el dulce privilegio de alegrar el curso del año con sencillos regocijos. El día de San Martín, el de Santa Catalina, San Nicolás, Navidad, Inocentes, el primer día del año, Santa Genoveva, los Reyes, toda esa serie de festividades alegres que reunían las familias, encantaba las lentas semanas del invierno. La fiesta de los Inocentes era sobre todo muy agradable á los niños de todas las clases, á quienes daba derechos importantes: eran tratados en ese día como amos de la casa; podían vestirse con los trages de los abuelos, presidir la comida, trincar en la mesa y recibir visitas. La venerable abuela no podía rehusar su vetusta gorguera á su nieta que apenas andaba; y el anciano magistrado veía con alegría á su nietecillo que comenzaba á deletrear, perdido bajo su colosal peluca.

Las nodrizas y las madres improvisaban trages de una gravedad cómica; y por todas partes la viva alegría de los niños esparcía la dicha en las familias.

La casa que hemos indicado, situada al Mediodía en la calle de la Pelleterie, y al Norte sobre el Sena, cuyo pie bañaba, era la de messire Pedro Lugoly, teniente del crimen. A pesar de la naturaleza severa de sus funciones, y de la aridez de su corazón, Lugoly, sentado al lado de su muger, sonreía feliz al ver el alboroto de sus hijos.

Estaba ocupado en hacer, para su hijo mayor, de edad de siete años, un soberbio tahalí de pergamino, al que unió á guisa de cruz de San Miguel, una espléndida bocina de

San Huberto; y la señora Lugoly, con camelote que rellenaba de salvado, fabricaba dos caderas con tontillo para su hija, que andaba hacia seis meses tan solo, cuando entró un jóven con un aire tan agitado, que hizo suspender sus frívolos trabajos.

—¿Qué teneis, Escipion? dijo messire Pedro levantándose y avanzando hacia el jóven, el cual, en su agitación había comenzado por sentarse en un taburete de cuero.

—¿Qué tengo? respondió Escipion; siento haber venido á vuestra ciudad; y ya quisiera verme de vuelta en mi provincia. Esta noche no podré cenar. Un nuevo atentado acaba de tener lugar contra su magestad.

—¿Contra Enrique de Borbon? ¿Y su magestad?....

—Su magestad no está mas que ligeramente herido en la boca; pero es un atentado.

—¿En qué época vivimos! dijo la señora Lugoly.

—Yo no puedo, pues, salir, ni moverme, replicó messire Pedro; debo aguardar aquí las órdenes que no dejarán de expedir al instante. ¿Pero no sabéis los detalles de esa maldad?

—Un gentil hombre de la casa del conde de Soissons acaba de contárnoslos. El hecho ha sucedido en el momento en que el rey Enrique IV llegaba de Picardía. Entre otros muchos que habían entrado con su comitiva en una de las cámaras del Louvre, se hallaba un jóven de poca estatura, á quien no se observaba y que ocultaba en su manga un cuchillo con el que quería herir al rey en el corazón. Pero cuando su magestad se inclinaba un poco hacia los señores de Montigny y de Ragny, que le eran presentados, el golpe lanzado no le hirió mas que en la boca, rompiéndole un diente. Nadie lo había visto; y el rey, herido, creyó que debía el golpe á Maturine, la loca que tiene la reina; mas por el contrario, la loca era la única que había descubierto al asesino, y se había apresurado á cerrar la puerta. Y lo hizo tan á tiempo, que el conde de Soissons, observando al jóven desconocido lleno de turbación, le cogió por el cuello diciendo: «¿Vos sois quien habeis herido al rey!» Entonces el asesino, dejó caer su cuchillo, y confesó su proyecto, que era el de matar á Enrique de Borbon.

—¿Y se sabe el nombre de ese malvado jóven?

—Se llama Juan Chatel, es el hijo de un rico mereader de paños, que habita cerca de aquí en la calle de Barillerie, delante del palacio de Justicia.

—¿Ha sido detenido?

—Y puesto en prisión; por mas que su magestad haya dicho que le perdonaba, no viendo en él mas que un loco.

—Un segundo Pedro Barriere, que le sigue muy de cerca. Pero si es tan jóven como decís, ¿no es estudiante?

—Ha estudiado en la universidad.

—Es lástima.

—¿Por qué?

—Porque sería mejor que hubiese estudiado con los padres jesuitas. Hubiese sido un gran triunfo para los señores del parlamento. Estos esperaron cuando el proceso de Barriere, poder arrastrar con él á estos padres que les incomodaban. Pero lejos de que hubiera habido un jesuita que tomase parte en el complot, por desgracia se encontró que era un jesuita quien había dado aviso á su magestad. (1)

(1) El mismo Enrique IV, en su respuesta á las representaciones del parlamento, cuando el llamamiento de los jesuitas en 1605, reconoció públicamente este hecho. Reconoció tambien que de los

—Pero habláis de un modo singular, replicó Escipion, y no concibo como, siendo católicos los señores del parlamento, pueden ser contrarios á los padres de la sociedad de Jesus.

—Esa es una cuestión espinosa y delicada, mi joven amigo, respondió Pedro Lugoly. Yo soy teniente del crimen, á las órdenes de los señores del parlamento, á quienes debo obedecer en todas cosas. Las decisiones religiosas no me tocan. Yo sé solamente que esos señores, acostumbrados desde las turbaciones, y sobre todo desde la liga, á gobernar algo sobre todas las cosas, rechazan el concilio de Trento, que, segun dicen, traía la paz al reino, y se oponen á los padres jesuitas que le prestan obediencia. Es del gusto de los señores que haya un poco de tumulto, y algunas oposiciones; se hacen valer en estos casos, y el parlamento caería, si todo marchase en regla. Y además una gran tranquilidad induciría acaso la idea de rebuscar ciertas curiosidades de otro tiempo. Muchos consejeros han sido ligeros; unos han escrito libelos, otros pronunciado sentencias; estos dictado mandamientos de prision, aquellos firmado pasquines contra el rey Enrique de Valois, y contra el mismo rey reinante; hay alguno, en fin, aficionado á las nuevas doctrinas, y tambien que se han casado con hijas de reformados, que son en su conciencia mas ó menos hugonotes, ó que se han resfriado con respecto á la Iglesia romana; y vereis que de todo esto saldrá un medio catolicismo, un pequeño cisma, que no será ni romano ni luterano, pero que tendrá olor á parlamento, y se fomentará en ese cuerpo. Yo mismo puedo, Escipion, deciros para entre nosotros, un juicio que he oido hacer al presidente de Thou, el cual no ama á los jesuitas: que hay lucha violenta entre la toga y la sotana; que bajo los prelados romanos perfectos como se muestran los jesuitas, los procesos llegarían á ser imposibles; que es preciso, por consecuencia, que los abogados devoren á los jesuitas, ó estos devoren á los abogados; y yo creo á estos últimos....

—Los mas feroces, dijo Escipion Dupleix.

El sonido de las campanas echadas á vuelo, interrumpió esta conversacion. Pedro Lugoly salió á su puerta, á fin de saber lo que pasaba.

Se le anunció que las iglesias se llenaban de gente que daban á Dios sus acciones de gracias por la salud del rey.

—Id á Nuestra Señora, Escipion, dijo, y orad tambien por mí, que no puedo alejarme.

El joven cogió su gorra apresuradamente, y se dirigió hácia la catedral.

Hacia pocos instantes que habia salido, cuando Lugoly recibió la visita diligente de messire Luis Masure, consejero del parlamento. Iba seguido de un lacayo de la gran sala que llevaba un paquete de ropa.

—¡Victoria! exclamó Masure entrando, los cojimos por el golpe; y la trama está urdida de modo que no escaparán esta vez!

—¿De quién habláis, messire? preguntó Lugoly.

—¡Toma! de ellos, hablo de ellos, respondió Masure; es bastante claro. Habeis hecho bien en permanecer aquí de

servicio. ¿Sabeis lo que ha pasado, y de qué se trata? El joven parricida está en el calabozo, con los grillos en los pies, al cuello y en las manos. Su sacrilega daga está en el archivo. Felizmente, ha estudiado con ellos.

—Se me habia dicho, replicó el teniente del crimen comenzando á comprender, que era estudiante de la universidad.

—¡Y qué importa! ha estudiado con ellos filosofía en el colegio de Clermont. Yo espero que se entenderá muy bien que ha sido entre los jesuitas, puesto que es su colegio. Ha debido mantener con él relaciones: hé ahí todo lo que se necesita. Vos vais á vestiros de sacerdote, y presentaros al instante en los calabozos del fuerte del Obispo. El carcelero está prevenido. El joven quiere confesarse. Bajo ese hábito sabreis todo de él, y nos informareis de ello. Es una felicidad que hayamos visto á tiempo el asunto. El gran preboste de la ciudad se apoderó del regicida, é iba á despacharle, cuando felizmente el señor presidente de Thou llamó el proceso al parlamento. Será juzgado mañana sin falta. Id pronto, Pedro. Yo voy al instante á Nuestra Señora á decir algunas palabras al pueblo.

Pedro Lugoly, como se ha podido observar, era un hombre sin pasiones políticas, pero esclavo de su deber; sin conciencia, se creía obligado á una obediencia pasiva que no nos toca apreciar. Se vistió en silencio el traje de sacerdote que se le habia llevado, y se fué á favor de la noche que empezaba á cerrar, á sonsacar, segun la orden que acababa de recibir, la confesion de que el parlamento parecia tener necesidad (1).

Durante este tiempo, el honrado consejero Luis Masure iba á escitar al pueblo al salir de las iglesias, diciendo que el regicida era un agente de los jesuitas. Se hallaban en aquel tiempo, entre el populacho de París, muchos religionarios y muchísimos bribones, gentes de saco y de cuerda, allegada de todas partes, acostumbrados en tantos años de disturbios á complacerse en el desorden. Se formaron, pues, diversos grupos, que se encaminaron al colegio de Clermont, diciendo con aullidos, que era preciso arrojar al Sena á los padres jesuitas, esos asesinos de reyes.

Nótese que de todas las órdenes eclesiásticas que condenaban la odiosa doctrina segun la que, era permitido matar á los reyes hereges, los jesuitas eran precisamente los que la rechazaban con mas calor. Por otra parte no era ya aplicable á Enrique IV, que habia abandonado las filas de los enemigos de la Iglesia; y es parecer de algunos personajes graves, que si se hubiese investigado con buena fé, se hubiesen hallado en ciertas sectas reformadas los tenebrosos motores de aquellos asesinatos.

Veremos lo que resultó de las diligencias de Luis Masure.

Al mismo tiempo que se agitaba éste con tanto calor en provecho de las pasiones del parlamento, el rey Enrique IV germinaba una carta, que hacia copiar por muchos secretarios y por sus gentiles-hombres, queriendo dirigirla aquella misma noche á las buenas ciudades de su reino, para prevenir los malos efectos de siniestros rumores, y estaba concebida así:

«No habia pasado una hora desde que habíamos llegado á París, de vuelta de nuestro viage de Picardía, y estába-

cuatro religiosos de diferentes órdenes que Barriere habia consultado sobre la cuestion de saber si le era permitido matar á Enrique IV, como se habia proclamado por todas partes durante la liga, el que mas fuertemente se le habia opuesto habia sido un jesuita, el padre Varade, quien le habia dicho que el solo pensamiento de su crimen, si se fijaba en él, bastaba para condenarle.

(1) Véase en este punto el *Journal de l'Estoile*.

mos todavía con el traje de camino, teniendo á nuestro alrededor á nuestros primos el príncipe de Conti, el conde de Soissons, el conde de Saint Paul, y mas de treinta ó cuarenta de los principales señores y gentiles-hombres de nuestra corte. Cuando recibíamos á los señores Ragny y de Montigny que todavía no nos habían saludado, un joven llamado Juan Chatel, muy pequeño y de edad á lo mas de diez y ocho á diez y nueve años, deslizándose entre los demas en la cámara, se adelantó sin ser casi apercibido, y pensando darnos en el cuerpo con el cuchillo que tenía, el golpe (porque estábamos inclinados para levantar á los dichos señores de Ragny y de Montigny que nos saludaban) no nos alcanzó mas que en el lado derecho del labio superior, y nos ha roto y arrancado un diente. Hay, á Dios gracias, tan poco mal, que por esto no nos meteremos en cama fuera de la hora acostumbrada.»

Cuando el rey firmaba estas cartas le fueron á decir que los jesuitas estaban amenazados por grupos de furiosos. Sorprendido con esta noticia, se apresuró á enviar tropas que preservaran al colegio de Clermont del golpe de mano que se intentaba. Pero no supo garantizarlos de otros lazos.

Aquella misma noche se había arrestado á toda la familia de Juan Chatel, que no había tenido la menor sospecha del crimen, á muchos religiosos de diferentes órdenes, y á algunos ligeros señalados.

Luego que el parricida se confesó con el teniente del crimen á quien tomaba por un sacerdote, se le trasladó de el fuerte del Obispo á los calabozos del palacio. Luis Masure pareció descontento sabiendo de Lugoly, quien había llenado á satisfacción sus pérdidas funciones, que el joven criminal en nada hacia cargo á los padres jesuitas; que había cesado hacia ya algun tiempo de tratarlos; que era verdad había consultado últimamente al padre Gueret, su catedrático de filosofía en otro tiempo, sobre un caso de conciencia, pero un caso completamente extraño á su proyecto.

La noche da consejo, y al día siguiente por la mañana, el 28 de diciembre, Luis Masure había dado aviso. Hizo arrestar al padre Gueret, á quien se llevó con toda clase de maneras brutales á la Conserjería, mientras los señores del parlamento comenzaban con su celo el proceso contra el asesino. Entonces se caminó apresuradamente. Fué interrogado el fanático joven, luego se le aplicó el tormento ordinario, despues fué atormentado por el extraordinario; confesó únicamente que teniendo hábitos criminales había querido espiarlos matando á un mal rey, segun lo había oido enseñar en otro tiempo. Es decir en los tiempos de las turbulencias de la liga, de los que se había salido hacia apenas un año. Nada dijo que pudiera interpretarse contra los jesuitas, con quienes no tenía relaciones. Le preguntaron si en su curso de filosofía en el colegio de Clermont, habían defendido los padres delante de él la doctrina del regicidio; respondió formalmente que no. Declaró que había obrado á consecuencia de una convicción de tal modo arraigada en él, que si le fuera posible volver á repetir el atentado de nuevo lo consumaría.

Fácil era de reconocer que se trataba de uno de esos sombríos maniáticos como Pedro Barriere, especie de monstruos que se reproducen en los tiempos de desorganización social. Pero este resultado no satisfacía las esperanzas de los enemigos de los jesuitas. Volvieron á llevar á Juan Chatel á un calabozo, y condujeron al padre Gueret

al tormento. Era un hombre de estudio, humilde y dócil, y que la víspera no sospechaba que el día de los Santos Inocentes, para el que sus queridos discípulos preparaban como todos los niños de la ciudad, risueños entretenimientos, sería para él un día de suplicio. Cuando se le presentó el caballete sobre el que debía sufrir el tormento, se oprimió su corazón, palideció; luego, levantando al cielo sus ojos, hizo esta oración:

«Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padecísteis por mí, tenedme compasion, y haced que soporte con paciencia el tormento que me está preparado. Le tengo merecido y aun mayor todavía; sin embargo, Señor, sabeis que estoy puro é inocente del pecado que se me imputa.»

Entonces habiéndose sujetado al tormento, dice l'Estoile, se mostró muy sereno, no exhalando suspiro ni queja alguna de dolor; solo sí repetía su oración; pero no confesó nada. Como se viese que el tormento no era mas que una inútil barbarie, algunos de los señores, menos encarnizados en la ruina de la sociedad, obtuvieron que se tuviese con él consideracion; el padre Gueret fué trasportado otra vez á la Conserjería; donde se le curó, porque estaba muy maltratado.

Los consejeros, descontentos de no haber obtenido nada se miraban inquietos.

—Seremos escarnecidos á todas veras, dijo un relator hugonote, si no damos fin con esos padres. Son codiciosos. No es posible que no tengan entre sus papeles algunos de los escritos prohibidos por los edictos. Es preciso ordenar una visita, porque esta es la ocasion de hacer justicia.

—Por otra parte, añadió un anciano procurador, que se había distinguido por sus epigramas durante la liga, el asesino se llama Juan Chatel; el acusado que acabamos de dar tormento, Juan Gueret; el bibliotecario del colegio de Clermont, Juan Guinard; y lo que prueba que esos tres hombres están de concierto, es que el crimen se ha cometido ayer que era día de San Juan....

Se decretó pues, al momento una visita á la biblioteca de los jesuitas. Luis Masure, su enemigo ardiente, fué encargado tambien de esta mision; se hizo acompañar por gentes de quienes estaba seguro, y dijo á los consejeros: «Id á comer, señores, y tened por seguro que yo sabré de un modo ó de otro, descubrir algo.»

Los pensionistas del colegio de Clermont salían del rectorio; no habiendo juzgado á propósito los padres jesuitas entristecer á sus discípulos diciéndoles el ultrage que se había hecho á uno de ellos, dejaban, pues, á aquellos niños hacer su fiesta como entonces se decia. A través de este contraste de la desolacion comprimida de los maestros, y de la alegría de los discípulos, fué como llegaron los delegados del parlamento.

Se hicieron conducir al punto á la biblioteca, y preguntaron por el padre Guinard, estropeando su nombre para rebajarle ya un poco con esa trivialidad; y esa falsificación, introducida en el proceso, se ha conservado en las relaciones históricas, en las que este buen padre es constantemente llamado Juan Guiguard. El padre Guinard se apresuró á llegar, encontró á los delegados ocupados ya en trastornar los papeles y los libros, acaso á suponer como algunos lo han creído formalmente (es la nota del canceller Chivenny), algun documento falso contra los padres.

—Venimos, dijo bruscamente Luis Masure, á examinar

vuestros papeles. Vosotros sois sediciosos. Vosotros teneis folletos.

—No lo creo así, dijo con bondad el anciano bibliotecario; desde la paz hemos pasado una revista severa; y todo lo que tenía relacion con aquellos disturbios ha sido destruido.

—Sois rebeldes, enemigos de S. M.

—Ignoro, señor, de donde podeis sacar una idea tan injuriosa para nosotros. Desde el ingreso de S. M. en el seno de la Iglesia, rogamos todos los dias por el rey, y de ello podeis asegurarnos fácilmente. Por lo que á mí hace, señor, jamas he dejado de hacer mencion de S. M. en el *Memento* de la Santa Misa.

—¿Y si os pruebo que contra las ordenanzas que han prohibido conservar los folletos, teneis uno aquí?

—Será ignorándolo nosotros, y estamos prontos á destruirle. Si no obstante quereis que haya en ello delito, estamos protegidos por la amnistía que S. M. ha concedido.

—Eso es lo que veremos. ¿Reconoceis esto?

Y al mismo tiempo sacó Masure de un grueso volumen tres ó cuatro hojitas manuscritas.

—¡Oh! hablais de esas copias, respondió el padre, yo pensé que se trataba de un impreso. No las conozco, acaso hayan sido puestas esas notas hay para ser refutadas, si son de una mano extraña.

—Estas notas son escritas por vos, dijo desvergonzadamente el delegado.

Guinard protestó; porque no reconocia aquellos papeles. Pero reflexionando al punto que aquellas imprudentes notas podian haber sido copiadas por alguno de sus hermanos, y temiendo comprometer mas gente todavía, guardó silencio cuando Luis Masure le sostuvo otra vez que aquellos papeles sediciosos eran de su mano.

El delegado no quiso ya mas. Indicó al padre Guinard la órden de seguirle, y le encerró en un calabozo. Despues de lo que, se fué á su casa á tomar algun alimento. Volvió á las dos á su cuarto, y remitió á los consejeros los escritos que habia cogido: fueron sellados.

—Ya tenemos algo, dijo; pero no lograremos tener razon sino somos diestros. El rey nos molesta en las persecuciones de los padres; y no nos ayudará con los pocos documentos que tenemos. Mi parecer es, si os agrada, que nos contentemos con despachar mañana al pequeño malvado, y dejemos á los dos padres que están enjaulados restablecerse un poco. El rey parte dentro de tres dias para la Borgoña con objeto de oponerse al ejército español; en su ausencia seremos nosotros los amos sin que se nos critique.

Mándese, pues, á Pedro Lugoly hacer para mañana los preparativos del suplicio de Juan Chatel; y nosotros que hemos trabajado bastante hoy, vamos tambien á nuestras casas á celebrar los Santos Inocentes.

Se encontró bueno el consejo de Luis Masure; y al dia siguiente 29 de diciembre, habiéndose pronunciado á las nueve de la mañana la sentencia de Juan Chatel, fué ejecutada al punto. El joven fanático se mostró impasible en medio de los atroces dolores de su suplicio. Luego que se le hubo cortado la mano con que habia sostenido el cuchillo que habia herido á Enrique IV, se le atenacé; luego fué tirado por cuatro caballos; en fin, se quemaron sus desgarrados miembros y se arrojaron sus cenizas al viento.

Esta ejecucion se hizo bajo las órdenes de Lugoly. Escipion Dupleix, no queriendo volverle á ver, se marchó de París el mismo dia, previendo las iniquidades que se tramaban contra los jesuitas.

Habiendo vuelto á partir el rey á principios de enero, se apresuraron á juzgar al padre Guinard. Se exhibieron los escritos á que se daba el nombre de folletos. Eran diversas chocarrerías, de la que la mas criminal era un extracto de un folleto fijado en las calles de París en 1591, el cual decia: «que ni Enrique III, ni Enrique IV, ni el elector de Sajonia, ni la reina Isabel, eran verdaderos reyes; que Jacobo Clemente habia cometido un acto heroico matando á Enrique III; que si era posible hacer la guerra al Bearnés se le hiciese, y que si no se podia, se le matase.» Del contenido de estas líneas se acusó al padre Guinard de crimen capital, sobre el que no se le permitió defenderse; y el 7 de enero dieron los señores una sentencia que, «declaraba al dicho padre convicto del crimen de lesa magestad, y para la reparacion de este le condenan á hacer una honrosa retractacion en camisa, con la cuerda al cuello, delante de la puerta principal de la iglesia de París, teniendo en su mano una hacha ardiendo del peso de dos libras; desde allí será conducido á la plaza de Greve, para ser ahorcado en ella, y su cuerpo reducido á cenizas.»

Esta sentencia fué ejecutada una hora despues.

Cuando se leyó al pobre padre la fórmula de la horrorosa retractacion, habiendo dicho que pidiera perdon á Dios, al rey, y á la justicia, respondió que pedia perdon á Dios, pero que en lo tocante al rey no le habia ofendido; que rogaba por él suplicando al Señor le iluminase con sus luces. Habiendo llegado al lugar del suplicio, protestó de su inocencia, y no obstante exhortó al pueblo á la obediencia á rey, y al respeto hacia los magistrados. Todavía oró en voz alta por el rey; luego inculcó al pueblo que no diese fé con ligereza á las falsas relaciones que se hacian correr acerca de los jesuitas, asegurando que no eran asesinos de los reyes, ni fautores de esas doctrinas detestables, y que jamás habian aprobado el asesinato de un rey.

Dichas estas palabras, sufrió la ignominia de su suplicio, perdonando. Dulaure, que es para los jesuitas un enemigo acérrimo, reconoce no obstante esto, que en la sentencia del padre Guinard, habia ido el parlamento *hasta la iniquidad*. En la *Biografía universal* de Michaud, Moleux se indigna de que el padre Jonoency historiador de la Sociedad de Jesus, haya dado á Guinard el epíteto de mártir. ¿Pero, qué otra cosa fué sinó?

Al dia siguiente del martirio de Guinard, se desterró perpétuamente al padre Guetet, quien se retiró á Inglaterra, donde murió muy pronto de resultas del tormento. Improvisóse en seguida un edicto, por el que se desterraba á todos los jesuitas, y se encargó á Pedro Lugoly hacerlos abandonar á París aquel mismo dia.

Mientras que iban de esta suerte, á pié, sin recursos, y sin asilo, el presidente de Thou observó que se habia obrado con alguna precipitacion; porque se habia condenado á las partes sin oirlas. Pero Luis Masure respondió como Pilato lo que está escrito, escrito está.

Luego se desterró á todos los estudiantes del colegio de Clermont; se espulsó de París á toda la familia de Juan Chatel, despues de haber hecho pagar á su inocente padre una multa de dos mil escudos. Se entregó su casa al pillage, y

luego se arenó, y sobre el sitio que ocupaba elevaron una pequeña pirámide, conocida bajo el nombre de Juan Chatel, cuyas cuatro caras se llenaron de las mas injuriosas falsedades contra los jesuitas.

El lugar que ocupaba esta pirámide y vileza vergonzosa de una corporacion de jueces, estaba en la calle de la Varillerie; al presente se ha borrado ese sitio en la plaza del Palacio de Justicia.

El rey que se ocupaba de los asuntos de la Francia, supo en su campo lo que pasaba en su ausencia, y reconoció que no era todavía señor de su reino. Le fué preciso usar de contemplaciones.

Debió, frente á frente de las córtres estrangeras, disculparse de un acto al que habia sido extraño. Hasta diez años despues no pudo llamar á los jesuitas, y reparar la iniquidad de los gefes de su justicia. Aun entonces el parlamento tuvo la audacia de hacer representaciones con este motivo. Enrique IV cerró la boca á los peticionarios con estas palabras poco agradables: «Os haceis los entendidos en materias de Estado, y no entendeis mas que yo en dirigir un proceso.»

La pirámide fué derribada en este mismo año de 1605, y solemnemente destruida. Escipion Dupleix, que mas tarde fué historiador de Francia, observa que á muchos de los señores del parlamento faltó poco para que muriesen de rabia. Pero los enemigos de los jesuitas habian hecho grabar ese monumento, á pesar de su insignificancia y estúpida brutalidad. Todavía hay obras necias donde se le encuentra.

Tal es la historia exacta, imparcial y escrupulosa de una de las mas tristes faltas que han manchado el antiguo parlamento, cuya historia queda por hacer.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

DESECACION DE MATERIAS ANIMALES.—La arena de los desiertos que están situados alrededor de Egipto se hallan tan desprovistas de humedad, que los cuerpos de los animales que se cubren con ellas durante algun tiempo, se vuelven tan secos como una momia. Aseguran que un hombre levanta fácilmente con una mano el esqueleto de un camello desecado así.

ARBOL QUE SE CARGA DE OSTRAS.—Existe en Africa un árbol que crece á las orillas de las aguas, y cuyas ramas tienen mucha atraccion sobre las ostras. Algunas ramas se inclinan hácia el agua que baña el tronco; conchas pequeñas se pegan á sus hojas de tal manera, que las ramas con el peso se sumergen en el agua y no se levantan ya cuando las conchas que lo cargan han adquirido cierta corpulencia.

POSADA FLAMENCA.

DIFERENCIA ENTRE LA REALIDAD Y LA VERDAD.

Una carreta detenida delante de una posada de aldea, y cuyo carretero bebe sin echar pie á tierra; una moza de posada llevando una jarra de cerveza; vecinos que hablan;

un perro medio dormido y unas gallinas que escarban la basura. ¡Qué escena mas sencilla y mas vulgar! ¿De qué proviene que se detiene en ella la vista con tanta complacencia? ¿Por qué ese cuadro del pintor flamenco ha conservado despues de dos siglos el mismo atractivo? ¿Por qué? Porque está tomado de la verdad; es porque sin sobreponer nada, sino en una hora bien elegida, nos muestra ese episodio de aldea con toda su rústica serenidad; es porque sentimos al mirarlo la misma sensacion que si nos encontrásemos delante del original del cuadro.

Sentimos la frescura de esos grandes árboles que dan sombra al techo de la cabaña; vemos esa parra que va enroscándose en los postes campestres; oímos el susurro del agua que corre por entre la yerba; percibimos á lo lejos la aldea, cuyo campanario se deja ver entre las hojas, y los bueyes que el labrador conduce á los campos. Hay en el conjunto de esta composicion una calma, una frescura, un reposo que se pega insensiblemente al alma, hallándose uno dispuesto á sentarse delante de una escena como esta, y á contemplarla por mucho tiempo.

Esta es en realidad la poesia de un cuadro. No se compone de lo que representa, sino de los sentimientos que revela y suscita en nosotros. Un árbol raquítico que crece en una hendidura de una roca; una cabra paciende sola en un árido prado, pueden impresionar mas viva y largamente que la reproduccion de una escena de la Iliada. Proviene todo del arte con que el pintor ha sabido coger las relaciones que se establecen entre los objetos que representa y nuestros sentimientos. El establece entre la obra y nosotros una cadena invisible que recorre la chispa eléctrica, y merced á la cual recibimos el contragolpe de las emociones que ha traducido con el pincel.

No puede conseguirse seriamente este objeto sino por la verdad en la observacion y por la verdad en la reproduccion. Obsérvese que decimos verdad, y no realidad. Estas dos palabras, sin embargo, se han confundido demasiado por nuestros pintores modernos, y á esta confusion debemos una escuela que ha tomado ó aceptado el nombre de escuela realista, y cuya única ambicion parece haber sido hasta aqui representar la creacion bajo sus mas vulgares aspectos. Temiendo, sobre todo ser acusada de prevencion con la naturaleza humana, elige con preferencia la parte fea de esta, y por no adularla la calumnia.

La verdad en el arte no arrastra la idea de esta brutal fidelidad; admite la eleccion, permite la preferencia para todo lo que es agradable á la vista, admite el artificio por medio del cual el artista embellece la forma por la expresion del sentimiento. Para ser real preciso es tomar la imagen en su diaria apariencia; pintar las cosas y los hombres tales como se les ve todos los dias; empero para ser verdadero basta representarlas como se las ha visto en los mejores momentos, con las condiciones mas favorables de emocion, actitud y luz.

No es esta una sutil discusion y juego de palabras; es la expresion de dos sistemas, de los cuales el uno ha producido el Ticiano y Rafael, y el otro los mas ínfimos artistas de la escuela flamenca.

Jamás insistiremos lo bastante sobre esta distincion por amor á los jóvenes pintores que se dejan fácilmente arrastrar de lo absoluto de la escuela realista, y que se entregan á una especie de abandono en el estudio de la natura-

leza, cualquiera que sea, bajo pretexto de que es siempre bella la naturaleza. Es muy cómodo tal vez hacer abstrac- cion del discernimiento, y producir un cuadro tal como el sol produce una fotografía sin eleccion y á la ventura;



Posada flamenca.

empero esto no es cumplir la mision del arte. El arte su-
pone ademas de la fidelidad en la ejecucion, un tacto bas-
tante delicado para distinguir los asuntos de estudio, para
aceptarlos ó desecharlos, y no reproducir sino las imágenes
que merezcan ser trasmitidas á la posteridad.

FERNANDO BELTRAN.